

¿METAFÍSICA AQUÍ?

REFLEXIONES PRELIMINARES SOBRE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA¹

AMALIA QUEVEDO
UNIVERSIDAD DE LA SABANA
dfilos@unisabana.edu.co

Resumen

El artículo se propone presentar el pensamiento de quien ha sido llamado «el Nietzsche colombiano». Pensador fragmentario y sólido, reaccionario y crítico de la modernidad, Gómez Dávila fue autor de una escasa producción escrita, no por ello menos significativa y polémica.

Palabras clave: Nicolás Gómez D.; metafísica; filosofía.

Abstract

The purpose of this article is to present the thought of whom has been called the «colombian Nietzsche». Being a fragmentary but solid thinker, reactionary and critical of modernity, his literary production is scarce, but notwithstanding polemical and significative.

Key words: Nicolás Gómez D.; metaphysics; philosophy.

El título bajo el que se convocaron estas jornadas, un tanto provocador y algo extraño, y que a mí me gusta sintetizar así: *¿Metafísica hoy?*, me sugirió el título de esta conferencia, no menos provocador ni menos extraño: *¿Metafísica aquí?*

A esta curiosa pregunta: *¿Metafísica aquí?* quiero dar una respuesta taxativa: Sí. Metafísica aquí, a sólo unos pasos de este lugar, en Cajicá. Metafísica en Cajicá, metafísica en la Sabana de Bogotá, cuna del egregio pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila, nacido en Cajicá en la segunda década de este siglo y fallecido en Bogotá hace tan sólo cinco años.

Pero no pienso caer ahora en la historia –a la que Gómez Dávila denostaba con lucidez–, esbozando aquí su biografía. Prefiero caer aún más bajo, en la anécdota, y contar cómo llegué a saber de él. La primera vez que oí su nombre fue en Alemania, donde Gómez Dávila es mucho más conocido y mejor apreciado que en Colombia. Un colega de la Universidad de Münster me rogó que le consiguiera un libro del pensador colombiano Nicolás Gómez, a quien yo nunca había oído nombrar. Extrañado de mi ignorancia, el colega Münsterano me regaló un recorte de la prensa alemana en el que se hablaba elogiosamente

¹ Esta conferencia fue leída en las VII Jornadas de Actualización Filosófica, organizadas por la Universidad de la Sabana del 1 al 3 de septiembre de 1999.

de Gómez Dávila y de su obra. Leí aquel artículo de periódico, conseguí el libro que tanto anhelaba el alemán, y me olvidé de todo aquello.

Un año más tarde, en los Estados Unidos, el conocido profesor alemán Robert Spaemann, al saber que yo era colombiana, me preguntó, no si conocía a Gómez Dávila, sino si me gustaba. Yo entonces no tenía respuesta para esta pregunta y se la devolví, a lo que Spaemann respondió: me gusta mucho Gómez Dávila, es muy bueno; como todo reaccionario. Pero la recomendación de Spaemann cayó también en el olvido, al no encontrar a mi regreso ninguna obra de Gómez Dávila, ni en las librerías, ni en la biblioteca de esta Universidad.

Mi encuentro con Nicolás Gómez Dávila hubo de esperar aún hasta comienzos de este año, cuando cayó en mis manos, por pura casualidad, uno de los volúmenes de los *Nuevos Escolios a un texto implícito*². Leí la primera frase de este libro, y luego la siguiente y la siguiente, con creciente interés y admiración. El hechizo de Gómez Dávila había obrado su efecto. La primera vez que me reuní con mis colegas y amigos de esta Universidad, tras la lectura de aquellos escolios, les pregunté entusiasmada si conocían a Gómez Dávila, a lo que uno de ellos, que lo había oído nombrar pero que no lo había leído, terció: ¿No es ése el Nietzsche colombiano?

Retomar esa pregunta: ¿es Nicolás Gómez el Nietzsche colombiano? nos llevaría demasiado lejos y exigiría una respuesta sumamente matizada. La comparación con Nietzsche ya se me había ocurrido a mí misma, por la índole aforística de las frases de Gómez Dávila, por la agudeza de sus críticas, por sus destellos de genialidad. Pero no me voy a adentrar ahora por la vía de la comparación. El aprecio enorme que tengo por la obra de cada uno de estos pensadores me impide reducirlos a la miope estrechez de la mirada comparativa. Hablemos por hoy de Nicolás, a quien sus amigos llamaban cariñosamente Colacho. Otro día hablaremos de Federico.

Gómez Dávila publicó prácticamente una sola obra: *Escolios a un texto implícito*. Un precedente de estos *Escolios* lo encontramos en el volumen titulado *Notas*, publicado en México en 1954 por un hermano del autor, quien no reconocería la autoría de este libro, por no haber llegado a corregirlo. A *Notas* lo sucede el único libro de Nicolás Gómez que no consta de frases breves e incisivas, a las que él negaba la calidad de aforismos y prefería calificar en cambio como toques cromáticos de una composición puntillista. Se trata de *Textos I*, aparecido en Bogotá, en 1959. No habrá más adelante *Textos II*, ni *III*, ni...

*Escolios a un texto implícito*³ aparece en dos volúmenes gruesos en 1977. *Nuevos Escolios a un texto implícito* ve la luz, en dos volúmenes mucho más

² Todos los textos de Gómez Dávila que se citan aquí están tomados de: Gómez Dávila, Nicolás. *Nuevos escolios a un texto implícito*, Procultura, Bogotá, 1986.

³ Existe traducción al italiano de esta obra, realizada por Franco Volpi.

delgados, en 1986. Y por último, *Sucesivos Escolios a un texto implícito* se publica en 1992, dos años antes del fallecimiento de su autor.

A mi juicio, los calificativos “nuevos” y “sucesivos” obedecen a razones cronológicas y editoriales, y son por lo tanto irrelevantes. Entre los nuevos escolios aparecen también viejos escolios, antiguos escolios formulados tan sólo con otras palabras o enfocados desde otra perspectiva. De igual manera, tampoco los sucesivos escolios suceden propiamente a los nuevos, ni en sus temas, ni en sus propuestas. Los escolios de Gómez Dávila se entremezclan, se confunden, se asemejan, y parecen burlar toda sucesión espacial o temporal. Estos escolios constituyen todos ellos una unidad que no conoce evoluciones, ni obedece a cronologías; son una sola glosa a un solo texto: a un texto implícito.

El solo título de la obra, que, con palabras del italiano Giovanni Cantoni, es “una sola obra continua”⁴, pone ya de manifiesto la genialidad de su autor: *Escolios a un texto implícito*. Glosar o comentar un texto implícito puede significar varias cosas. La primera de ellas, que sólo existe la glosa y no el texto. La segunda, que la glosa misma crea el texto al glosarlo, como trasfondo suyo. La tercera, que la distancia entre glosa y texto es falaz, viniendo a ser ambos lo mismo. La cuarta posibilidad es que el texto sea el mundo, la realidad implícita de suyo, hecha explícita merced a la glosa que le presta voz. La quinta posibilidad es que el texto implícito no sea otra cosa que el pensamiento del autor, traducido por la glosa, por el escolio. Otra posibilidad es entender el texto como implícito por incognoscible, al modo de la cosa en sí Kantiana.

No sabemos lo que sea el texto implícito; quizás sea todas estas cosas a la vez: realidad, pensamiento, lenguaje, pretexto, nada. Lo que sí sabemos es que los escolios nos ofrecen un acceso a ese texto implícito, sea lo que fuere. De la mano de los escolios nos adentramos de nuevo en la filosofía, por un camino siempre viejo y siempre nuevo, el camino que desemboca sin remedio en su mismo punto de partida: la caverna de Platón, donde la luz se mezcla con las sombras y las cosas se confunden con sus reflejos, lugar privilegiado para la reflexión y la especulación.

Nicolás Gómez sabe que el camino de la filosofía se asemeja más a las migajas que arrojaba Pulgarcito para marcar el camino de regreso a casa, que a la uniformidad del hilo de Ariadna en su recorrido a lo largo del laberinto. De ahí que el pensador colombiano recurra a sus frases breves y compactas, a las que él se niega a llamar aforismos. “El fragmento –afirma Gómez Dávila– es el medio de expresión del que aprendió que el hombre vive entre fragmentos” (II, 87). “El discurso continuo tiende a ocultar las rupturas del ser. El fragmento es expresión del pensamiento honrado” (II, 203).

⁴ Cantoni, Giovanni. *Gómez Dávila il conservatore*. En: “Secolo d’Italia”, 7 Maggio 1999.

El amor de Gómez Dávila por lo fragmentario, si bien está en perfecta consonancia con su aversión a lo moderno, dista enormemente de ser un gesto postmoderno, no habiendo en él ningún amago de relativismo. Gómez Dávila es, por el contrario, un defensor furibundo de las jerarquías.

Descubrimos otro rasgo anti-moderno en la aversión del autor de los *Escolios* a los sistemas cerrados. En este sentido afirma: “Desconfío del sistema que el pensamiento deliberadamente construye, confío en el que resulta de la constelación de sus huellas” (I, 114). Y en otro lugar: “Un conjunto personal de soluciones auténticas no tiene coherencia de sistema sino de sinfonía” (I, 12).

Junto a la repugnancia por el sistema, por lo cerrado, aparece en Gómez Dávila una especial predilección por la sonrisa. “Platón desconcierta a los historiadores de la filosofía, porque, en lugar de encontrarse ante un sistema, tropiezan con una sonrisa inteligente” (II, 53).

Con Nicolás Gómez la sonrisa adquiere por primera vez el rango de categoría filosófica. “Sin la sonrisa del escéptico –dirá en otro lugar–, la metafísica desemboca en especulaciones gnósticas” (I, 101). No se le oculta al autor de los *Escolios* la estrecha relación que hay entre el conocimiento y la sonrisa, y no sólo entre ésta y el sentimiento. “La calidad de una inteligencia –señala–, depende menos de lo que entiende, que de lo que la hace sonreír” (I, 73). Y en otro lugar: “Los que saben sonreír nunca incurren, digan lo que digan, en las sumas blasfemias” (I, 153). Y en otro: “Dos hombres inteligentes no se contradicen sin sonreír en secreto” (II, 179).

Conocimiento y sonrisa. Un rico binomio puesto de relieve por Gómez Dávila, un binomio menos conocido por la filosofía que por la literatura. Y es que “la filosofía –en palabras suyas–, se acartona, se encanece, se encorva, cuando se divorcia de las letras” (II, 128).

La filosofía conserva, a los ojos de Nicolás Gómez, todo su carácter aporético y toda su fuerza vital. “Los problemas metafísicos no acosan al hombre para que los resuelva, sino para que los viva” (I, 56). “Las ideas se corrompen en las inteligencias asépticas” (I, 111).

La obra de Gómez Dávila, encuadrada en el último cuarto de este siglo y en pugna abierta con la modernidad, la técnica y el marxismo, se hace eco de los mejores hallazgos de la filosofía contemporánea, hallazgos que no representan propiamente descubrimientos, pues ya estaban contenidos en la filosofía griega de hace veinticinco siglos. Y es que, en sus propias palabras, “no existe verdad en las ciencias humanas que no sea forzoso redescubrir cada ocho días” (I, 30). Mientras que “el invento se inventa una vez por todas”, “la idea tiene que ser reinventada cada vez” (II, 136). “La inteligencia se capacita para descubrir verdades nuevas, redescubriendo viejas verdades” (I, 63). En frase lapidaria, “la inteligencia avanza tomando creciente posesión de su punto de partida” (I, 6).

La pretensión de certeza, oculta aliada de la voluntad de dominio y de la técnica, y rasgo inconfundible de la modernidad, es impugnada por Gómez Dávila en términos que rehabilitan la ambigüedad, la paradoja, el misterio. En frase contundente, “lo que se puede saber con certeza no es real, y lo real no se puede saber con certeza” (I, 103). Por esta razón, “el filósofo debe dejar al que lo imita la pretensión de saber con certeza” (II, 16).

“El conocimiento –cito sus propias palabras–, se funda sobre sospechas inteligentes, no sobre certidumbres inconcunas” (I, 77). He aquí otra expresión acuñada por Nicolás Gómez, “sospechas inteligentes”, que amplía una vez más el espectro de la gnoseología. A categoría filosófica eleva también el recurso casi inexplorado de la alusión, cuando afirma: “Inútil explicarle una idea al que no le basta una alusión” (I, 147). “La alusión es la única manera de expresar lo íntimo sin adulterarlo” (I, 125).

Maestro de la paradoja, Gómez Dávila salpica y condimenta la mayoría de sus páginas con paradojas que van desde lo sorprendente hasta lo obvio, desde lo desconcertante hasta lo jocoso. “Sin el doble brazo de la paradoja –dirá él–, la inteligencia no logra asir verdades finas” (I, 104). Al mismo tiempo, “sin ambigüedad no se puede hablar de nada que valga la pena” (I, 86).

Paradoja, ambigüedad, misterio. “Contra la evacuación moderna del misterio, afirmemos su presencia englobante” (II, 68), exclama Gómez con aire triunfal. “Sólo emergiendo de la maleza moderna se divisa en lontananza el camino” (I, 133).

En abierto contraste con la actitud y el pensamiento modernos, propugnadores incansables de la completa vigilia y transparencia de la razón, Gómez Dávila recupera el valor del misterio. “El alma –afirma–, se alimenta de lo que hay de misterioso en las cosas” (II, 60). “Comprender es finalmente hacer coincidir hecho tras hecho con nuestro propio misterio” (I, 146). Y en frase feliz: “El misterio se hace polvo, si manos diestras no desenrollan el papiro” (I, 45).

De la mano de la reposición del misterio va la rehabilitación del mito, aquel mito que sellaba con su presencia los diálogos de Platón, el mismo que Aristóteles aprendía a amar conforme pasaban los años. Como bien vio Nicolás Gómez, “el mito corrige la precisión del concepto” (II, 5). “El mito es un estrato de significado allende la realidad y la ficción” (II, 97). En relación con el obrar del hombre, “el acto que no despierta el eco de un mito es perfectamente trivial” (II, 80).

Según el autor de *Escolios*, “las palabras no descifran el misterio, pero lo iluminan” (II, 154). “Sólo el soplo del verbo barre el polvo que opaca las cosas” (II, 156).

Gómez Dávila sabe que la realidad es huidiza y se nos escapa. “Las cosas no son vanas, sino esquivas –declara. Vana es nuestra precaria posesión” (I, 51). Enemigo acérrimo de la sociedad de consumo y de la acumulación indiscriminada de bienes, Gómez Dávila se asoma al tipo peculiar de posesión representado por el conocimiento y por el lenguaje, únicos que nos permiten hacernos de veras con las cosas.

En este intercambio profundo con las cosas ocupa un lugar privilegiado la metáfora. “La metáfora –son sus palabras–, es el vocabulario de la trascendencia” (II, 36). “La metáfora ilumina, no demuestra” (II, 73).

Es la metáfora la que nos permite un cierto acceso al misterio hondo de la realidad y nos pone en contacto con su más íntima sustancia, sin adulterarla. En este sentido asevera Gómez Dávila, no sin un cierto regusto platónico: “Un árbol no es un árbol, es la metáfora de un árbol” (II, 176). Y en el plano antropológico: “Madurar es descubrir que todo objeto deseado es sólo la metáfora del objeto trascendente de nuestro deseo” (II, 86).

A la trascendencia de la metáfora corresponderá entonces la de la poesía, morada natural y originaria de toda metáfora. Ya había mostrado Aristóteles que la poesía es más filosófica, más verdadera, que la historia. Gómez Dávila va aún más lejos en su exaltación de la poesía, cuando señala: “La poesía rescata las cosas al reconciliar en la metáfora la materia con el espíritu” (II, 114).

Por este camino de respeto a las cosas, de atención delicada a su más secreto misterio, Nicolás Gómez se abre no sólo a la trascendencia sin más, sino que da acogida de lleno a la más estricta verticalidad. “La pasividad de las cosas nos engaña: nada manipulamos con descaro sin herir a un dios” (I, 53). Remontándonos a los orígenes, ya “en las supersticiones primitivas balbucea una sensibilidad alerta al invisible relieve de las cosas” (I, 101).

Las cosas. Las cosas, para Gómez Dávila, tienen alma: “Toda cosa a que le neguemos alma se desarticula en mera agrupación de elementos inertes” (I, 79), dirá. Y en otro lugar: “Hay que creer en Dios para poderle atribuir importancia a las cosas” (I, 105).

Las cosas nos hablan de Dios y Dios mismo nos habla a través de ellas. Es más, “los dioses castigan privando de significado las cosas” (I, 68).

Nicolás Gómez Dávila no ignora que en cada metáfora late un guiño de Dios. La presunta muerte de Dios entrañaría sin remedio la extinción de la metáfora. La metáfora sin la cual el hombre que presta oído atento al ser de las cosas no podría ni querría vivir. La metáfora que da luz y color a nuestras palabras, la que se nutre en la fuente pura de la analogía.

No hay metáfora si no hay Dios. El hombre mismo tal vez no sea más que una metáfora de Dios. *Imago Dei*, metáfora de Dios.

Metáfora y misterio se alían para conducirnos a donde en principio no podemos ir, para mostrarnos lo que solos no conseguimos ver, para hablarnos de aquello que no puede ser enunciado.

“El cristianismo –señala Gómez–, ha preferido la metáfora a la literalidad, para no irrespetar el misterio” (I, 189). Pues de otro modo, “el que se acerca a un misterio sin su venia, halla un vacío en su lugar” (I, 156).

De acuerdo con esto, y acentuando hasta el extremo su oposición al criterio moderno de certeza, Gómez Dávila sostiene que “una metafísica sólo debe

aspirar a la verdad indemostrable de una gran novela o de un gran poema” (I, 149).

Sin entrar a discutir esta tesis, plausible y bella, pero altamente problemática, en cuanto que implica ni más ni menos que la reducción de lo verdadero a lo verosímil, del *alethés* al *eikós*, quisiera retomar ahora la dimensión vertical de la obra de Gómez Dávila.

Esta verticalidad no sólo separa a Gómez Dávila de Nietzsche, sino también de Heidegger, cuyo eco resuena nítido y a la vez lejano en la obra del pensador oriundo de Cajicá. “A nada importante se llega simplemente caminando –escribe Gómez. Pero no basta saltar para cruzar el abismo, hay que tener alas” (I, 21).

Salto y abismo evocan sin ambages el pensamiento de Martin Heidegger. Pero a éste nunca le crecieron las alas. Confinado al hermetismo de un horizonte puramente horizontal –valga la redundancia–, Heidegger, a la vez que abre el hombre al mundo, lo encierra dentro de él. No así Nicolás Gómez. Nicolás Gómez, que fustiga con acritud la teología moderna, no teme a la trascendencia, ni recela de la fe.

No es el silencio de Dios el que nos sale al encuentro en la obra de Gómez Dávila, sino el silencio ante Dios, premisa reverente del diálogo divino. “Dios es huésped del silencio” (II, 102), leemos en los *Nuevos Escolios*, obra a la que pertenecen todas las citas aquí referidas.

“Entre el hombre y la nada –asevera Gómez–, se atravesia la sombra de Dios” (I, 125). “Sólo Dios puede llenar aun el más minúsculo vacío” (II, 152).

“El ateo –según Gómez Dávila–, nunca le perdona a Dios su inexistencia” (I, 82). En consonancia con esto, “el ateo se consagra menos a verificar la inexistencia de Dios, que a prohibirle que exista” (I, 186). “El que no cree en Dios –puntualiza Gómez–, puede tener la decencia de no creer en sí mismo” (I, 202).

El diálogo de Dios y el hombre cobra en la obra de Gómez Dávila un relieve especial, pues, en palabras suyas, “el hombre sólo tiene importancia si Dios le habla y mientras Dios le hable” (I, 207).

Entender al hombre como interlocutor divino, en relación dialógica con su creador, es rescatarlo de la dimensión plana, de la línea horizontal. Es comprender que, además del abismo que se abre debajo del hombre, ante sus pies, y que reclama de él un salto, un abismo más grande se cierne sobre su cabeza, por encima de él, inspirándole nostalgia de alas y ansias de volar. “Sólo florecen las almas que fecunda un polen divino” (I, 51), sentencia Gómez.

Diálogo con Dios, diálogo con los hombres. “Pensar es dialogar sin tregua con interlocutores muertos (I, 90)”.

Se suele describir a Nicolás Gómez Dávila como un intelectual confinado en la soledad de su biblioteca. Más exacto sería verlo como un pensador en diálogo continuo con los que ya no están, con los ausentes de irrevocable presencia. Su biblioteca insólita burla las fronteras de espacio y de tiempo,

conculca límites históricos, abole distancias geográficas, derriba barreras lingüísticas.

“El hombre –señala Gómez–, no se comunica con otro hombre sino cuando el uno escribe en su soledad y el otro lo lee en la suya. Las conversaciones son o diversión, o estafa, o esgrima” (I, 88). Libros, soledad, silencio. Éste es el clima en el que germina y florece el pensamiento, en el que se despliega la reflexión. Bien se aplican a Gómez Dávila los versos de Quevedo:

*“Retirado en la paz de estos desiertos,
Con pocos, pero doctos, libros juntos,
Vivo en conversación con los difuntos
Y escucho con mis ojos a los muertos”.*

“Lo que nos enclaustra nos ofrece la posibilidad de ennoblecernos –observa Gómez. Aun cuando sea un simple aguacero” (I, 142). Y es que, “cuando nada merece respeto en la sociedad –son palabras suyas–, debemos labrarnos en la soledad nuevas lealtades silenciosas” (I, 25). “El hombre –dice en otro lugar–, recobra en la soledad aliento para vivir” (I, 208).

Amor a la literatura, aversión al periodismo. Rasgos que Gómez Dávila comparte claramente con Nietzsche. Mientras que “el viaje por el texto claro de una inteligencia lúcida es el único placer perfecto” (I, 135), “el periódico recoge la basura del día anterior para desayunarnos con ella” (I, 9). “La actualidad que interesa al periodista –indica Gómez–, es la que no interesa al escritor” (I, 127). “Cada día –insiste–, resulta más fácil saber lo que debemos despreciar: lo que el moderno admira y el periodismo elogia” (I, 39). En pocas palabras –suyas, naturalmente–, “el periodismo es la dispensa de disciplina intelectual” (I, 27).

Dejando de lado las invectivas de Gómez Dávila contra el periodismo, consideremos brevemente lo que a mí me gusta llamar su *antología de la estupidez*, que procuraré ilustrar con unas pocas citas seguidas. “Prefiero idea estúpida en boca inteligente, a idea inteligente en boca estúpida” (II, 186). “Para inducirnos a que las adoptemos, las ideas estúpidas alegan el inmenso público que las comparte” (I, 97). “La estupidez del individuo es aproximadamente proporcional al entusiasmo que una máquina le despierte” (I, 130). Por último, “ser estúpido es creer que se puede fotografiar el sitio que cantó un poeta” (I, 115).

El estúpido no se confunde con el tonto, ni la estupidez se identifica con la necedad, a la que Gómez Dávila prefiere denominar “tontería”. De una y otra Gómez traza indeleblemente su perfil, con los rasgos firmes y precisos de un reaccionario no venal.

Nicolás Gómez Dávila se define a sí mismo como un reaccionario, y lo es a carta cabal. Pocos hombres han disfrutado de la libertad intelectual de que siempre gozó este pensador colombiano, exento de compromisos académicos y políticos, dispensado de imposiciones editoriales, libre de presiones económicas y sociales. Los pensadores europeos lo consideran uno de los suyos, la llamada

“Filosofía Latinoamericana”, tan cuestionable, lo desconoce. En este sentido, bien podemos aplicar a Nicolás Gómez lo que Joseph Brodsky afirma del poeta italiano Eugenio Montale: los términos “europeo” e “internacional”, aplicados a él, no son más que cansados eufemismos de “universal”⁵.

Universalidad y libertad, ausencia de condicionamientos, se conjugan en la persona de Gómez Dávila para hacer de él un pensador que dice siempre lo que piensa, sin concesiones ni temores, sin paliativos, sin atenuantes. Con todo, a mi modo de ver, Gómez Dávila se impone a sí mismo la ley de la elegancia, de la cortesía. En virtud de esta voluntaria constricción, sus afirmaciones pueden resultar irónicas, pero no mordaces, ácidas, mas no amargas, punzantes, mas no hirientes. “Aun cuando la frase brillante termina en punta –son sus palabras–, no hay que despreciar el impacto de la frase romá” (II, 192).

Como pensador y como escritor, Gómez Dávila conoce el valor de las palabras. “Si las palabras no reemplazan nada –afirma–, sólo ellas completan todo” (I, 46). “La palabra –señala en otro lugar–, no se nos concedió para expresar nuestra miseria, sino para transfigurarla” (I, 92). Por esto, “renunciamos más fácilmente a una realidad que a sus símbolos” (I, 37). Ahora bien, “cuando decimos que las palabras transfiguran, el tonto entiende que adulteran” (I, 95).

Poder transfigrador de la palabra, densidad antropológica del símbolo, insuficiencia de todo nombre. “El nombre con que se nos conoce –así Gómez–, es meramente el más conocido de nuestros seudónimos” (I, 76).

Nicolás Gómez conoce las palabras, sabe lo que son: nuestras mejores aliadas, nuestras enemigas íntimas. Dóciles y al mismo tiempo huidizas, frágiles e inquebrantables a la vez, de contornos precisos, pero de sustancia vaga. Sólidas, resistentes a la erosión, y a la par fugaces y ligeras. Fieles y a la vez traidoras, densas y no obstante vaporosas, desparramadas en innumerables connotaciones, delicuentes... irreales. *Flatus vocis*, que no deja de ser eco de la voz divina. Portadora de sentido, la palabra a su vez nos arrastra, nos derriba, nos subyuga.

En expresión de Gómez Dávila, “lo que permite soportar a los demás es la posibilidad de convertirlos en relato” (II, 17). Ampliando el alcance de esta frase feliz, bien podemos afirmar que lo que nos permite soportar el mundo, soportar la vida, y aun soportarnos a nosotros mismos, es esa posibilidad inalienable, siempre abierta y nunca plenamente saturada, de convertirlo todo, de transfigurarlo, en relato. Más aún, el relato nos permite soportar la muerte. Así lo expresa el escritor italiano Claudio Magris: “Escribir sirve también para eso, para distraerse de la muerte. (...) Narrar es guerrilla contra el olvido y connivencia con él; si la muerte no existiera, tal vez nadie relataría nada”⁶.

⁵ Cfr. Brodsky, Joseph. *In the Shadow of Dante*. En: Less Than One, Farrar Straus Giroux, New York, 1986, 111.

⁶ Magris, Claudio. Microcosmos, Anagrama, Barcelona, 1999, 247-8.

Si la muerte no existiera... Tras la pretendida muerte de Dios, la cultura contemporánea parece haber transformado el *etsi Deus non daretur* en *etsi mors non daretur*, residuo agónico de las realidades más altas, eliminadas progresiva y sistemáticamente por el hombre moderno, el hombre que suplantó primero y asesinó después a Dios, el mismo que llevó a Nicolás Gómez a exclarar: "Humanizar nuevamente a la humanidad no será tarea fácil, después de esta larga borrachera de divinidad" (II, 196).

"Borrachera de divinidad". En esta novedosa expresión bien puede sintetizarse el diagnóstico letal de la modernidad, emitido por Gómez Dávila sin rodeos. "Por haberse presumido capaz de darle plenitud al mundo –sentencia–, el moderno lo ve volverse cada día más vacío" (I, 36).

Contra ese vacío se levanta la voz insobornable de un pensador solitario que se comprende a sí mismo, no como un "soñador de pasados abolidos", sino como "cazador de sombras sagradas sobre las colinas eternas" (I, 149).

Sombras y escolios. De un texto implícito, de una luz invisible. Éste es el legado de Nicolás Gómez Dávila, éstas son las migajas arrojadas generosamente por él en su trayectoria intelectual y humana.

El sendero de la filosofía, como el camino de la vida –insisto–, está hecho de migajas, pero de migajas imperecederas, de semillas grávidas que toca a cada uno recoger y cultivar, promesas calladas de sombra y de frutos.

"El hombre –se lamenta Gómez Dávila–, rara vez entiende que no hay cosas duraderas, pero que hay cosas inmortales" (II, 169). Los *Escolios* de Nicolás Gómez son una de ellas. Frases sabias, profundas y brillantes, sentencias inmortales, arrojadas en la senda hollada de la filosofía por quien tenía claro que "la madurez consiste en caminar por vías trilladas con paso inconfundible" (II, 208).

Poco importa que la historia del pensamiento occidental, que arranca de la ciudad de Mileto, no se detenga en Cajicá. No importa, porque el pensamiento se despoja pronto de la geografía y al final se desembaraza también de la historia, para decantarse tan sólo en los libros, en las instituciones y en los hombres. Entre estos libros y entre estos hombres, lo supiéramos o no, se hallan Nicolás Gómez Dávila y su obra.

Al asomarme aquí al pensamiento de Gómez Dávila, teniendo como hilo conductor uno solo de sus libros, los *Nuevos Escolios a un texto implícito*, no he pretendido más que esbozar algunas de mis reflexiones en torno a él. Quien entre en contacto directo con cualquiera de sus obras, comprobará la verdad de aquellas palabras suyas:

"El choque contra un libro inteligente
nos hace ver mil estrellas" (I, 95).

